



aunque las tropelías, los impuestos y las persecuciones arredraron á muchos de comprometerse. El francés se presentó delante de ella el 5, por el camino de Antequera. Numerosa era la gente que se ofrecía á su vista para rechazarle; pero desapareció como menudas pajas á la primera arremetida. Juntos entraron en la ciudad, vencidos y vencedores, continuando el fuego hasta el día siguiente en medio del pillaje y de las violaciones. Dueño Sebastiani de la población, le impuso una contribucion de doce millones de reales, además de los cincuenta mil duros que los revoltosos habian exigido al duque de Osuna y que él llegó á tiempo de coger.

En la defensa de Andalucía se advierte claramente la falta absoluta de un poder supremo que una y dirija los esfuerzos individuales. En Granada, en Málaga y en otros pueblos, la multitud se manifestó resuelta á defender sus hogares, y sólo faltó una autoridad de prestigio y un hombre de talento que supiese utilizar el ardoroso impulso de aquellos corazones meridionales. La junta central, llena de aturdimiento á la aproximacion del enemigo, abandonó su puesto dejándolo todo en la mayor consternacion y anarquía, y las autoridades, que al pronto se abrogaron el poder, ó se entretuvieron en dar satisfaccion á mezquinos resentimientos ó ya no pudieron contrarrestar el torrente de la invasion. Uno de los cargos más graves que debe hacerle la historia es, que mientras malgastó inmensos caudales en la fortificacion de Sevilla sin ser punto defendible, miró con la más indisculpable indiferencia el de la isla gaditana, naturalmente indicada, en la posicion que habia escogido, como último baluarte de la independencia española. La regencia que la sus-

tituyó, congregada en aquellos días de azoramiento general, sin hechos que la autorizasen, sin conocimiento de los negocios, sin datos y sin elementos, no podia llenar la falta que sentia por todos, en el sitio en que arreciaba el peligro, de un poder que naciese vigoroso y respetado. Este fué el origen de la nueva junta de Cádiz que tanto ruido hizo luego.

El ayuntamiento, asintiendo á la peticion de un gran número de vecinos, abolió la junta de defensa y acordó el nombramiento de otra en la forma que más fuerza moral podia darle; la eleccion popular, aunque indirecta. Hizose por barrios, acudiendo cuantos quisieron á depositar en las comisarias una papeleta que contenia tres nombres; de su conjunto eligió el ayuntamiento cincuenta y cuatro personas, y éstas designaron diez y ocho de entre sí correspondiendo á igual número de barrios, para constituir la nueva junta, cuya tercera parte debia renovarse por suerte de cuatro en cuatro meses. El resultado fué completamente satisfactorio: al lado del capitalista se vió al artesano, y junto al sacerdote el militar; todos de lo más señalado que habia en Cádiz por su patriotismo, su energia, sus luces, su riqueza ó su probidad. Corriendo los dias se le achacaron altas pretensiones y menguadas flaquezas en el manejo de las rentas del Estado que se le confió; pero lo cierto es que los difamadores enmudecieron ante la presentacion de las cuentas, y que á ella se debió únicamente la heroica defensa que opuso á los orgullosos invasores aquella ciudad, la primera, como veremos, de aquellas tierras, que supo detenerlos en su marcha, y con su heroica resistencia reanimar el espíritu nacional, entonces bastante quebrantado.

**Aragon, Navarra, Valencia y Cataluña: Suchet sale de Aragon á apaciguar la Navarra, agitada por Mina el estudiante: cae prisionero.—Expedicion á Valencia: tropelías de Caro: retirase Suchet sin hostilizar á Valencia.—Blake abandona el mando de Cataluña, que recae en don Enrique Odonnell: acciones de Moyá y Vich: Augereau socorre á Barcelona: Duhesme, batido en Santa Perpétua y Mollet, es separado del mando, sustituyéndole Mathieu: Augereau se sitúa en Barcelona, y se retira á Tarragona el ejército español: choques de Villafranca y Esparraguera: defensa y evacuacion de Hostalrich: sucede á Augereau Macdonald en el mando de Cataluña.—Sitio de Lérida: derrota de Odonnell en Margalef: bizarra defensa y rendicion de los leridanos.—Pérdida de Mequinenza y de Morella.—Asturias: Bonnet penetra hasta Oviedo: el general Arce abandona el Principado dejando restablecida la junta general: con un socorro de fuerzas de Galicia es momentáneamente recuperada Oviedo.—Brillante defensa de Astorga.**

José, al emprender su expedicion á Andalucía, dió orden á sus generales para activar las operaciones, á fin de entretener en todas partes á nuestro ejército y á las provincias en su propia seguridad. Receloso particularmente del reino de Valencia, que libre de sus tropas podria enviar por su flanco algunas fuerzas contra él, impidiendo al ménos la rapidez de la accion, dió orden al general de Aragon, Suchet, para conducir allí una expedicion.

Antes de partir á ella tuvo que acudir á socorrer la Navarra, terriblemente agitada. Oprimida esta provincia durante la primera campaña con el peso de los ejércitos franceses, hubiérase dicho, á juzgar por su aparente tranquilidad, que miraba impassible la contienda empeñada, recordando los lazos que en lo antiguo la habian unido á una y otra monarquía. Pero así que empezó la lucha de guerrillas fué

Navarra una de las provincias que más viva y constantemente interesaron la atencion, así del país como de los franceses. Descollando entre los varios partidarios que allí se presentaron, el estudiante Mina, él vino á ser en breve por su genio audaz, activo y severo, una de las mejores esperanzas de los patriotas y el terror de los enemigos. Llegó el caso de que ninguna columna se atreviese á cruzar el país sino en grande fuerza, y de que no pudiesen transitar por él los correos ni francés alguno, quedando reducido el dominio enemigo al alcance del cañon de Pamplona. Voló su nombre de uno á otro confin del reino, y la junta central, así para alentar su patriotismo como para estimularle en su afan de organizar militarmente su partida, en lo cual se distinguía de los demas guerrilleros, le regaló una bandera. Entusiasmóle, en efecto, el presente, é hizose á los fran-

## CAPITULO XXVIII





ceses tan terrible, que en Enero había precisado al gobernador de Pamplona á entrar con él en tratos como de igual á igual sobre el cange de los prisioneros, admitiendo á sus parlamentarios en aquella plaza con todos los respetos que se tienen entre ejércitos militarmente constituidos.

Pero esto mismo fué causa de que el orgullo francés, profundamente herido de semejantes humillaciones á las puertas mismas del imperio, abandonase su altivo desden para descender á ahogar en sus primeros alientos aquel hijo de la guerra que ofrecía ser un gigante. Suchet tuvo este encargo, y Arispe recibió el de perseguirle sin descanso. Por espacio de tres meses burló Mina las más sagaces combinaciones con marchas atrevidas, y alguna vez, cuando más apretado se veía, disolviendo su partida para volverla á reunir á los dos días á espaldas del enemigo. Al fin, en una de estas redes tendida por Arispe, Dufour y el gobernador de Jaca, cayó prisionero el 1.º de Abril, siendo al punto deportado á Francia y encerrado en el castillo de Vincennes. Á la conclusión de la guerra general, en 1814, regresó, como los demas prisioneros á su patria; pero, encontrándola rendida á un yugo ingrato, su espíritu, ilustrado en el destierro, le hizo buscar en América asilo más acomodado á sus ideas. Allí murió, siendo quizá una de las almas privilegiadas, robadas por la tiranía á la gloria y á la libertad de su patria.

Vuelto Suchet á Aragon, así que hubo dispuesto las columnas que debían perseguir á Mina y arreglado en Pamplona la administración francesa á causa de algunos escándalos, determinó, creyéndose libre de cuidados, llevar á cabo la expedición á Valencia que le había indicado el príncipe de Neufchatel, mayor general de los ejércitos franceses en España. Acabó de decidirle en 15 de Febrero una orden positiva expedida por José en Córdoba, asegurándole que era empresa fácil por las secretas inteligencias que había dentro de la ciudad de Valencia. Partió al punto llevando sobre catorce mil hombres en dos divisiones: una, al mando de Haber, tomó el camino de Morella y San Mateo para bajar por la costa oriental, á

fin de preservar de cualquier golpe de mano por la parte de Cataluña á la regida por él en persona, que tomó el camino recto de Teruel.

Al partir, recibió contraórden duplicada de París (no había recibido la primera) mandándole abandonar aquella empresa para concurrir á los sitios de Lérida y Mequinenza; pero, juzgando que era tarde para retroceder, y en el supuesto de que era cosa llana la conquista de Valencia, continuó la marcha.

En Alventosa encontró y arrolló la vanguardia del ejército español de aquel reino (2 de Marzo) en el momento en que ya se disponía á ejecutar la retirada por orden de Caro para defender la capital. Juntóse en seguida con Haber en Murviedro, y se presentaron delante de Valencia el día 5.

Hallábase esta ciudad en grande conmoción. El general Caro, que hacía un año mandaba allí, había cuidado más de satisfacer venganzas políticas y resentimientos personales, que de armar y fortificar el país. Murviedro, que hubiera podido ser un puesto avanzado de Valencia, estaba completamente desamparado, y una provincia como aquella, que desde la invasión no había sido sino momentáneamente ocupada, no tenía más que once mil hombres armados para su defensa. Al recibir la noticia de la expedición de Suchet, viendo en aquel suceso una ocasión oportuna para ultimar sus venganzas, al paso que dictó enérgicas providencias para rechazar al enemigo, despidió á Játiva la junta superior, creó en su lugar una comisión militar, prendió muchos por sospechas, y levantó en medio de la plaza una horca para exterminar, decía, á los traidores. La conspiración existía sin duda; pero seguramente no necesitaba, sólo para reprimirla, acudir á tales disposiciones. Como quiera, los odios particulares callaron ante el peligro común, y no pensaron todos sino en aprestarse á la defensa para alcanzar otro día de gloria como cuando Moncey los había acometido dos años antes.

No se lo concedió esta vez la prudencia de Suchet. Despues de haber cercado la ciudad, ocupando ciertos puntos exteriores, el arrabal de Murviedro, el edificio de San Pío V, el palacio real y otros, intimó la rendición. Rechaza-



da por Caro, y sabiendo el entusiasmo que hervía dentro de la ciudad, en vez de las simpatías que se le habían prometido, á los cinco días de expectativa levantó el campo, volviéndose por el mismo camino, temeroso de las guerrillas que á sus espaldas principiaron á inquietarlo.

Valencia rebosaba de alegría, y nadie pensaba en traidores cuando Caro hizo llevar como tal al patíbulo á un coronel, el baron de Pozoblanco. Era natural de la isla de Trinidad, y como á una antigua é íntima amistad con el hoy general había sucedido un rompimiento rencoroso, se vió generalmente en aquella víctima un tributo á su venganza particular y no una ofrenda á la patria agraviada.

Suchet, de vuelta de Zaragoza, pesaroso de haber llevado á efecto, y con tan poca fortuna, una expedición desaprobada en París, pensó preservarse de la desgracia en que tenía caer con el emperador emprendiendo inmediatamente el sitio de Lérida.

Preciso es antes referir otros sucesos de Cataluña. En ninguna parte podría conocerse tan bien lo que es una guerra popular, su magnanimidad, su perseverancia como allí. Desgracia tan ruidosa como la de Gerona, ni postro ni desalentó la insurrección; los partidarios continuaron sus expediciones; los somatenes interceptando las comunicaciones, cortando los viveres, cayendo de sorpresa sobre los pequeños destacamentos y las partidas sueltas; Barcelona siguió bloqueada como antes de tan grande catástrofe.

Blake, disgustado de ella y resentido de que la central hubiese preferido el dictámen del congreso catalán, que era organizar los cuarenta mil hombres destinados á salvar aquella ciudad en somatenes, á su dictámen más militar, pero menos político y acaso irrealizable, que era regimentarlos y que constituyesen parte del ejército nacional, hizo repetidas veces dimisión del mando, y por último lo abandonó. Sucedióronle interinamente García-Conde y Henestrosa hasta el nombramiento por la junta de D. Enrique Odonell. Joven activo, intrépido y valiente hasta la temeridad, adornaba á éste cuanto bastaba para ser querido de los catala-

nes. Sus últimos hechos en el sitio de Gerona habían acabado de hacerle dueño de las voluntades. Sin embargo, para el mando supremo faltábale cierta calma ó sobra á su ambición de gloria algun ardor, que le hacía en ocasiones precipitado.

Antes de que su nombramiento llegase, Augereau había emprendido de nuevo las operaciones con el doble objeto de abrir la comunicación entre Barcelona y Francia, aventando á los somatenes interpuestos, y destruir el ejército español, concentrado en Vich.

Las divisiones de Souhan y Pino, en número de diez mil hombres, consiguieron, despues de varios muy reñidos combates, llegar hasta esta ciudad; pero, al intentar proseguir su avance, se vieron detenidas por Odonnell y Porta. En vano renovaron los franceses una y otra vez su tentativa. El 14 de Febrero, ya investido Odonnell con el mando supremo y habiendo reunido ocho mil infantes y mil caballos, atacó venturosamente á sus contrarios en Moyá. Inflamado su ardor con el buen éxito, quiso desalojarlos de Vich el 19. Reñida fué la pelea, desde las nueve de la mañana á las tres de la tarde, manteniéndose con incierto aspecto hasta que lograron flanquear nuestra izquierda regida por Porta. Deshechos los nuestros, á pesar de los esfuerzos de Odonnell, que olvidado de su carácter, se batió como el más bizarro soldado, se retiraron á Tona y Collsuspina con mil ochocientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

Entretanto realizaba Augereau su otro objeto de socorrer la guarnición de Barcelona, cada día más escasa de bastimentos por el apretado cerco que le tenían puesto los somatenes y algunas tropas. Al frente de nueve mil hombres arrolló fácilmente los estorbos con que quisieron detenerle Clarós y Rovira, siguiéndole tenaces desde las inmediaciones de Besalú y Figueras. Al llegar á Hostalrich, no pudiendo rendir con intimaciones la entereza del gobernador del castillo, dejó alguna gente bloqueándolo, y prosiguió su marcha á Barcelona.

Duhesme salió á su encuentro con dos mil hombres hasta Granollers; pero así nunca lo hubiera pensado. El marqués de Campoverde,





cayendo sobre él en Santa Perpétua y en Mollet, auxiliado por Porta, le hizo un considerable número de prisioneros, y hubiera sido mayor á no presentarse Augereau cuando estaba para rendirse un batallón en Granollers. El mariscal indignado, al llegar á Barcelona, lo separó del mando reemplazándolo con el general Mathieu.

Regresó á Gerona dejando en las alturas de Masanet algunos batallones para estrechar el bloqueo de Hostalrich, pero luego tuvo que emprender segunda expedición para abastecer á Barcelona y concentrar sus fuerzas en esta ciudad, á fin de auxiliar la expedición que entonces emprendía Suchet contra Valencia.

Odonnell, obligado por este movimiento general del enemigo á replegarse, lo hizo á Tarragona (21 de Marzo). Allí, observando que la división de Souham, mandada por el general Augereau, sobrino del mariscal, y la italiana de Severoli avanzaban tras él y se extendían por el campo de Tarragona, destacó á D. Juan Caro con seis mil hombres contra la guarnición que había dejado en Villafranca de Panadés, á fin de interceptarles las comunicaciones con Barcelona y caer después, si era posible, sobre ellas. Si en su empresa era afortunado, ladeándose sobre Manresa iría en socorro de Hostalrich para tener así entretenido y encerrado á Augereau en la capital.

Caro ejecutó bizarramente su cometido cogiendo prisioneros los setecientos hombres que guarnecían á Villafranca, y Campoverde, que le sucedió en el mando por haber quedado herido en la refriega, también avanzó con fortuna hacia Manresa arrollando en Esparraguera la brigada de Schwart hasta el puente de Molins de Rey. Pero Augereau, conociendo las intenciones de este movimiento y conviniéndole sobre todo asegurar las comunicaciones con Francia, mandó emprender la retirada á las divisiones avanzadas en Reus con ánimo de ir después en persona á vencer la obstinada resistencia de Hostalrich.

Comprometida era la retirada porque podían salirles al encuentro de Tarragona. Las dos divisiones evacuaron de noche la población; pero con tan poco orden, que Odonnell, advertido,

salió á tiempo oportuno para ir picándoles la retaguardia hasta Villafranca, donde, queriendo comprometerlos á un ataque formal, fué rechazado.

Llegadas á Barcelona las dos divisiones, partió Augereau contra Hostalrich. Rodea esta antigua villa un muro con torreones, de fácil acceso por varias partes; pero la protege un castillo levantado al Oeste en una altura que tiene en su cumbre un trapecio, llamado el Caballero, capaz de montar seis piezas de grueso calibre. Era á la sazón gobernador D. Juan de Estrada, hombre de ánimo esforzado, que veía en su plaza un hijo que debía imitar el ejemplo de su madre, la heroica Gerona. Los franceses, viendo que no podía ser vencido con ventajosas proposiciones, lo bloquearon para reducirlo por hambre (13 de Enero). Cansados luego de esperar, apelaron al bombardeo (20 de Febrero); pero como los sitiados les combatiéron con certera puntería, ejecutando atrevidas salidas, se limitaron otra vez al bloqueo, que era, en efecto, el único medio de abatir aquel altivo peñasco. Corriendo los días, llegaron á escasear los víveres, principalmente el agua; el hambre dejó percibir los horrores de Gerona; y fué al fin necesario tomar un partido decisivo. Estrada no quiso capitular, y se salvó con los mil doscientos hombres que le quedaban saliendo del castillo en la noche del 12 de Abril, arrollando á los franceses que encontró en su paso. Por desgracia él se extravió en la ruta que debió llevar y cayó prisionero con las tres compañías que acaudillaba; pero su compañero, el coronel de artillería Lopez Baños, llegó felizmente con las suyas á Vich, entonces libre de enemigos.

Napoleon, sin embargo, incomodado contra Augereau por lo infructuoso de sus operaciones y particularmente por el imprudente movimiento sobre Reus, lo separó del mando, enviando en su lugar al mariscal Macdonald. Marchó con las maldiciones de los catalanes justamente ofendidos de su feroz comportamiento, pues había hecho colocar horcas en el camino de Gerona á Figueras para colgar á todos los paisanos que aprehendía con las armas en la mano.

En tal estado se hallaban las cosas de Cata-



luña cuando Suchet resolvió emprender el sitio de Lérida. En esta ciudad la antigua *Ilerda* de que nos habla Julio César en la historia de sus campañas por haberse acogido á sus muros sus contrarios los pompeyanos. Atribuyen algunos su fundación á la raza solariega de España; pero, si no es tan remoto su origen, mucha antigüedad atestiguan y mucha importancia en todas épocas las obras de cartagineses, romanos, godos, y árabes que en ella se encuentran todavía. Procede sin duda de su situación que la constituye llave de las dos provincias de Aragón y Cataluña. Está la ciudad asentada en forma de anfiteatro en la falda de una colina que se levanta en medio de un tendido llano, coronada por un castillo. Cíñela una muralla antigua, en parte obra de romanos y en parte moderna, pero toda ofrece débil resguardo contra la artillería. Corre de Noroeste á Suoeste, lamiendo su recinto, el Segre, sobre el cual tiene un hermoso puente que da paso á la carretera de Madrid á Barcelona; el castillo consiste en cuatro baluartes, un relleno, una lengua de sierra para cubrir y flanquear la caída de la loma. En su parte más elevada subsistía entonces el antiguo castillo, que era un grande y solidísimo cubo de sillería, de la época de los godos, del cual una voladura arruinó después dos lienzos. A unas mil quinientas varas está el fuerte de Gardeñ, situado sobre otra loma más baja, al pie de la cantera, y tiene también en su recinto otro edificio muy sólido, que fué convento de Templarios. Por último, á cerca de doscientas varas avanzando en el camino de Aragón hay un pequeño reducto de tapia con fosos en sus dos frentes. Calculábase necesarios para defender esta plaza cuatro mil quinientos infantes, trescientos artilleros y cuatrocientos caballos.

Esa fuerza tenía entonces aproximadamente y había en la población más de doce mil almas por haberse refugiado allí muchas familias de los pueblos abiertos de la comarca huyendo de las tropelías de los franceses. Era gobernador D. José Gonzalez; pero mandaba á la sazón el comandante general del distrito García-Conde, hombre de limitados alcances, si bien valeroso.

Faltóle la discreción y la resolución y firmeza necesarias para hacer desalojar la plaza de gente inútil y despejar los alrededores de los molinos, casas y arbolado que al paso que estorban la defensa, proporcionaban al enemigo otros tantos puestos avanzados contra la ciudad.

El 12 de Abril, habiendo dejado en Fraga al general Laval para asegurar la retirada, se presentó Suchet delante de Lérida con veinte mil hombres, y aquel mismo día quedó circunvalada, habiendo pasado al otro lado del Segre varios destacamentos que cerraron la salida del puente. Desde el siguiente 13 hasta el 22 las hostilidades se redujeron al tiroteo de guerrillas, hallándose los franceses ocupados en la construcción de trincheras, que en vano trataron de impedir los sitiados.

El 23 abrió los combates recios la aproximación de Odonnell. Llamado este jefe por García-Conde, juntó sus tropas acantonadas en el campo de Tarragona, y salió el 22 por el camino más recto de Montblanch. Al día siguiente se presentó en la llanura que se extiende de Margalef á Lérida, llevando su gente en tres divisiones que marchaban paralelas aunque algo rezagadas las dos laterales.

Suchet salió al punto á su encuentro trabando el combate con la más adelantada, que era la de Odonnell. Resistió bien el empuje; pero, como en tantas otras ocasiones, nuestra caballería, acometida por la contraria, volvió grupos en desorden, atropelló á la infantería, y puso en derrota á toda la división. Perseguida ésta largo trecho, perdió más de cinco mil seiscientos hombres, entre ellos cerca de trescientos oficiales con el general Dupuy. La guarnición de la plaza intentó más de una vez la salida, al principio por participar de la gloria del triunfo que todos esperaban, después por evitar la destrucción del socorro en que fiaba su salvación: siempre en vano.

Aquella misma noche asaltaron los vencedores los reductos del Pilar y San Fernando, consiguiendo tomar el primero. A la mañana siguiente intimaron la rendición, recordando que ninguna esperanza quedaba á la plaza de socorro, destruido enteramente como había quedado Odonnell; y aunque hartó lo conoció Gar-